

EL AMOR, EL OUDIO Y LA IGNORANCIA

Podemos distinguir entre el amor como pasión imaginaria y el amor como relación simbólica.

El amor de quien desea ser amado es una tentativa de capturar al otro como objeto, es amor narcisista. Quien aspira a este amor no le interesa ser amado por su bien, sino que quiere ser amado por todo, no sólo por su yo, sino por sus bonitos ojos, por sus manías y debilidades.

Amar en el plano simbólico es otra cosa, es amar al otro más allá de lo que parece ser, estando más allá de la esclavitud imaginaria, por eso que puede aceptar sus debilidades y torpezas, hasta puede admitir sus errores, pero cuando el ser amado lleva demasiado lejos la traición a sí mismo y persiste en engañarse, el amor se queda en el camino.

El ser hablante que somos nace en un mundo de hablantes, nace en el lenguaje y comienza por hablar y ese hecho mismo permite que cuando le hablen pueda escuchar. Todo comienza cuando se demanda al Otro, cuando se habla al Otro, después se invierte esta demanda para que se transforme en demanda del Otro, por eso que si el niño no habla, no ama, difícilmente podrá construir el creerse amado.

El amor es una de las tres pasiones en las que queda inmerso el sujeto y cuando se realiza simbólicamente en la palabra, se dirige al ser del otro. Sin la palabra el amor sólo es fascinación imaginaria, padecimiento amoroso.

Lo mismo sucede con el odio. Existe una dimensión imaginaria del odio, en tanto el deseo de que el otro desaparezca es correlativo a la dimensión de su presencia, aunque sabemos que el odio no se satisface con la desaparición de su adversario. Ni el amor imaginario se satisface con la presencia del otro, ni el odio con su desaparición, por eso que en ese sentido son una carrera sin fin.

Tanto el amor como el odio son vías de la realización del ser, no la realización del ser. Otra vía es la ignorancia. Existe una disposición a la transferencia por el sólo hecho de posicionarse en la ignorancia frente a la verdad. Por eso que el psicoanalista no guía al psicoanalizante hacia un saber, sino hacia las vías de acceso a ese saber, donde lo que cuenta son las vías de su error. La posición del psicoanalista debe ser la de una ignorancia docta, que no quiere decir sabia, sino formal y que es formadora para el psicoanalizante.

Freud desde sus primeros trabajos avanza en un campo que es el de la verdad del sujeto, para él se trata de la verdad del sujeto que se distingue de la noción de realidad.

Y la verdad se funda por el hecho de que habla. Es por eso que lo inconsciente que dice lo verdadero sobre lo verdadero, está estructurado como un lenguaje, pudiendo decirse que Freud supo dejar, bajo el nombre de inconsciente, a la verdad hablar.

Ya en *Estudios sobre la histeria*, muestra que es la verdad la que habla, que su noción de trauma psíquico no es tanto del orden de la realidad como del orden de la verdad, incluso muestra cómo la posición respecto a la verdad produce para el sujeto una realidad diferente.

Verdad o enfermedad, he ahí el dilema. Lo que ocurre es que a veces no tenemos el valor moral, la moral suficiente, como para afrontar una verdad de lo humano, y huimos en la enfermedad. Y también desde sus comienzos Freud nos dice que no hay para el ser humano nada, antes de ser simbolizado, que una cosa es lo soñado, lo vivido, lo acontecido y otra la interpretación del hecho, que los hechos sólo existen después de ser interpretados, que nada ocurre hasta la segunda vez. Y lo traumático no es ni la primera ni la segunda vez, sino que cuando ocurre por segunda vez se ha producido una verdad ante la que tenemos que tomar posición, en tanto es una verdad que nos concierne, que nos compromete a tomar posición. Así vemos a Lucy enfermar en la segunda escena, porque tiene que aceptar que el padre de las niñas, para quien trabaja, no se va a casar con ella. O vemos a Catalina enfermar en la segunda escena, porque ahí ha comprendido una verdad, que su padre es un "animal", en tanto no está estructurado por la interdicción del incesto y que "cerrando los ojos" podemos gozar hasta con nuestro peor enemigo. Pero ninguna de las dos tenía la fuerza moral para afrontar esas verdades, fuerza moral, valor moral (diferente a decir un tipo de moralidad), que el psicoanálisis les da y esta vez permite que entre verdad y enfermedad, la opción sea elegir la verdad.

Esta nueva posición psíquica coloca al sujeto en una nueva posición en el mundo, lo que conlleva un cambio de la realidad sin que la realidad haya cambiado, porque no se trata de cambiar la realidad sino de transformarse respecto a las verdades humanas.

En el síntoma hay una verdad que habla, por eso decimos que el síntoma habla, el sujeto con el síntoma grita su verdad, por eso el psicoanálisis le presta un servicio al sujeto cuando no deja que el sujeto sea utilizado por el síntoma, en tanto el síntoma implica al sujeto, muestra al sujeto y su relación con el inconsciente, pero también lo hacen las demás formaciones del inconsciente y no secuestran al sujeto en la economía del síntoma. No es lo mismo resolver una cuestión con nuestra verdad, mediante un chiste, un lapsus o un sueño, algo que dura un instante, que mediante un síntoma que está presente en todos nuestros actos, que habla en todos nuestros actos.

Amelia Díez Cuesta. *Psicoanalista*
Madrid: 91 402 61 93

ANGUSTIA Y VIDA PULSIONAL

La angustia es un estado afectivo o sea una unión de determinadas sensaciones de la serie placer-displacer con las inervaciones de descargas a ellas correspondientes y su percepción, probablemente el residuo de cierto acontecimiento importante. Freud lo sitúa en influencias propias de la angustia sobre la actividad cardíaca y la respiración, posiblemente, en el nacimiento.

O sea, la angustia primera habría sido una angustia tóxica.

En la diferenciación entre angustia real y angustia neurótica, vemos en la primera una reacción aparentemente comprensible ante el peligro, un daño temido procedente del exterior; y en la segunda algo enigmático e inadecuado.

En el análisis de la angustia real, Freud habla de un estado de tensión arterial y tensión motora extremadas a las que llama "disposición a la angustia". De allí se desarrollaría la reacción de angustia de la que son posibles dos desenlaces: a) la reacción de angustia. Se limita a una señal y la reacción restante puede adaptarse a la antigua sensación de peligro o bien toda la reacción se agota en el desarrollo de la angustia haciéndose paralizante e inadecuado al presente estado afectivo.

Con respecto a la angustia neurótica Freud destaca tres circunstancias diversas. Primero como angustia general, libremente flotante, dispuesta a enlazarse pasajeramente a cualquier posibilidad emergente, o sea como angustia expectante, como en la neurosis de angustia típica.

Segundo, fijamente vinculada a representaciones en las llamadas fobias, en las cuales podemos reconocer aún una relación con un peligro exterior, aunque considerando desmesurada la angustia ante el mismo.

Tercero, la angustia propia de la histeria y otras formas de graves neurosis que acompañan a los síntomas o surge independiente como acceso o como estado más duradero pero siempre sin fundamento visible en los peligros exteriores.

¿Qué se teme en la angustia neurótica y cómo conciliarla con la angustia real ante peligros exteriores? Con respecto a la expectativa angustiosa, la experiencia clínica ha probado su relación regular con la economía de la libido en la vida sexual. La causa más ordinaria de la neurosis de angustia es la excitación frustrada. En lugar de esta libido desviada de su utilización surge la angustia. Esa libido insatisfecha se transforma directamente en angustia.

Ciertas fobias infantiles como el miedo a la soledad y a los extraños debe adscribirse a la angustia neurótica, no a la angustia real.

Las fobias infantiles y la expectativa angustiosa de la neurosis de angustia nos procuran dos ejemplos de una de las formas en que nace la angustia neurótica por transformación directa de la libido.

La angustia en la histeria y en otras neurosis la atribuimos al proceso de represión, manteniendo separado el destino de la representación que de reprimir se trata, del destino de la carga de libido a ella ligada. La representación es reprimida y deformada hasta quedar irreconocible; pero su montante de afecto es transformado regularmente en angustia, indiferentemente de su naturaleza, sea agresión o amor. La razón por la cual se ha hecho inutilizable un montante de libido, ya sea por debilidad del yo como en las fobias infantiles o a consecuencia de procesos somáticos de la vida sexual, como en la neurosis de angustia o por represión en la histeria.

Los dos mecanismos de la génesis de la angustia coinciden en uno.

En cuanto a lo que se teme, dice Freud, es a la propia libido. La diferencia con la angustia real está en dos extremos, por una parte en que el peligro exterior es interior y en que no es conscientemente reconocido.

De un peligro exterior puede escaparse con la fuga, lo que no es posible con un peligro interior.

La angustia como estado afectivo está al servicio de la propia conservación y es señal de nuevos peligros, nace de magnitudes de libido que se han hecho inutilizables y también del proceso de represión.

El Yo puede producir y sentir angustia, y no tendría sentido hablar de angustia del Ello o adscribir al Superyo la facultad de sufrir angustia pero sí que hay una correspondencia en el hecho de que las tres clases principales de angustia, real, neurótica y la de la conciencia moral pueden ser referidas a las tres dependencias del Yo, del mundo exterior, del Ello y del Superyo.

De los casos clínicos se ha investigado que el Yo no crea la angustia, ésta existe con anterioridad y ella crea la represión, pero sólo puede ser la angustia real, la angustia ante un peligro exterior. Lo decisivo es que un peligro amenaza desde el exterior y el niño cree en su efectividad. La amenaza es de perder el amor.

Toda época del desarrollo se haya adscripta a una condición de angustia.

El peligro del desamparo psíquico ajusta con el estadio de la falta de madurez del yo, el peligro de la pérdida de objeto (o pérdida de amor) ajusta con la falta de suficiencia de los primeros años infantiles; el peligro de la castración ajusta con la fase fálica y el miedo al superyo ajusta con la época de latencia. Deberían ser abandonadas las condiciones de angustia anteriores cuando el robustecimiento del yo desvaloriza esas situaciones peligrosas.

Muchos seres humanos no consiguen superar el miedo a la pérdi-

da de amor, nunca son independientes del amor de los demás. Alguna de las antiguas situaciones peligrosas logran también pasar a épocas ulteriores modificando adecuadamente su condición de angustia. Ejemplo: miedo a la castración bajo el aspecto de fobia a la sífilis. El adulto sabe que la castración no será empleada como castigo, pero ha adquirido la experiencia que tal liberación instintiva puede acarrear graves dolencias.

Entonces la angustia produce la represión y una situación instintiva temida se refiere a una situación de peligro exterior (real).

Represión bajo influencia de la angustia

Este caso de la represión es aquel en que el impulso pulsional pertenece al Ello y el Yo se siente débil.

El Yo recurre a una técnica idéntica a la del pensamiento normal. El pensamiento es una acción experimental con pequeñas magnitudes de energía análogo a los desplazamientos de figuritas sobre un mapa. El yo anticipa la satisfacción del impulso sospechoso y le permite reproducir las sensaciones displacientes de la situación peligrosa.

Freud nos aclara que ha intentado reducir al pensamiento normal lo que en realidad es un proceso entre magnitudes de energía en un substrato irrepresentable.

El Yo utiliza, como dijimos, una carga de experimentación y despierta con la señal de angustia el automatismo del mecanismo placer-displacer.

A partir de eso o bien el acceso de angustia se desarrolla plenamente y el yo se retira de la excitación rechazable o bien opone en vez de la carga experimental, una contraria la que afluye con energía del impulso reprimido para la producción de síntomas o es incorporada al yo como producto reactivo, como intensificación de determinadas disposiciones del yo o como modificación permanente del mismo.

Cuanto más reducido puede ser el desarrollo de la angustia a una mera señal, tanto más emplea el yo las reacciones de defensa que llegan a la ligazón psíquica de lo reprimido. Eso tan difícilmente definible que se llama carácter debe ser adscrito por entero al yo.

Ante todo la instancia parental primaria como superyo, proceso de la máxima importancia y luego las identificaciones ulteriores con los dos elementos de la pareja parental y con otras personas de influencia y similares identificaciones formadas como residuos de objetos abandonados, ahora, posteriormente. Hay que añadir como aportaciones constantes a la formación del carácter los productos reactivos que el yo adquiere en sus represiones primero y luego en la repulsa de impulsos indeseables. No es fácil adivinar lo que ocurre en la represión con la carga del impulso, de la pulsión que se ha combatido, qué sucede con la carga libidinal de esta excitación y cómo es empleada. Esta era la carga que la represión transformaba en angustia. Desde que ha intervenido el principio de placer-displacer activado por la señal de angustia hemos visto que tal principio sigue limitadamente los procesos que se desarrollan en el Ello. Este principio da resultados diferentes más o menos considerables.

A veces el impulso instintivo conservará su carga que permanecerá inmodificada en el Ello, siempre bajo la presión del Yo. En otros parece experimentar un completo aniquilamiento en el cual la libido queda encaminada por otras vías. Sería la solución normal del complejo de Edipo, el cual no queda simplemente reprimido sino que es destruido por el Ello. Y además muchas veces tiene lugar un reflujo libidinal, una regresión de la organización de la libido a un estadio anterior. Esto sólo puede acaecer en el Ello y es bajo la influencia del mismo conflicto, que es iniciado en la señal de angustia.

María Chévez. *Psicoanalista*
Madrid: 91 541 75 13

VEA TODOS LOS
NÚMEROS EN
www.extensionuniversitaria.com

STAFF EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

DIRECTOR:

Miguel Oscar Menassa

c/ DUQUE DE OSUNA, 4
28015 MADRID (ESPAÑA).
Teléfono y Fax: 91 758 19 40

c/ MANSILLA, 2686 PB 2 1^{er} Cuerpo
(14 25) BUENOS AIRES (ARGENTINA).
Teléfono: 4966-1710/13

www.grupocero.org
MADRID: grupocero@grupocero.org
BUENOS AIRES: grupocero@sinectis.com.ar